

RUSTAM.

BIOGRAFIA PERSA.

AÑO DEL MUNDO 2900.

ADVERTENCIA DE MAD. DE LAMARTINE AL LECTOR.

I.

Los numerosos lectores del primer *Viage á Oriente* saben que Mad. de Lamartine ha escrito, casi sin saberlo, las páginas mas interesantes del último volumen de esta obra, publicada en 1834. Véase aquí por que casualidad involuntaria, una muger modesta y que ocultaba su nombre, se vió arrastrada por un momento á la vida literaria de su marido.

Mr. de Lamartine, arrojado por una tempestad á *Jaffa*, y queriendo emprender desde allí una incursión trabajosa al desierto que separa la Palestina del Egipto, dejó á su esposa en aquel punto. Esta se fué sola de *Jaffa* á *Jerusalen* para visitar las escenas del Evangelio, y á su vuelta escribió algunas notas para fijar sus recuerdos. Versada ya en la lengua árabe, se aprovechó de una larga parada de invierno en Siria para traducir un manuscrito precioso y desconocido de un viagero árabe entre las tribus mas lejanas de Mesopotamia. Tal es el manuscrito de *Fat alla Sayeguyr* que Mr. de Lamartine compró al autor, cediéndolo despues á la Biblioteca Real de Paris, y que se

considera como uno de los monumentos mas curiosos. Mr. Thiers, entonces ministro, penetrado del interés de este documento, propuso á Mr. de Lamartine el llamar á Paris al pobre escritor árabe, y el gobierno le dió un pequeño empleo en la costa de Siria y una módica pension que todavia disfruta.

Rogada con instancia Mad. de Lamartine para que permitiese la impresion de su traduccion de *Fat alla Sayeguyr*, *Viage á Oriente*, accedió á ello no sin dificultad. Precedida esta version de algunas impresiones de su excursion á *Jerusalen* y á *Bethleem* que guarnecen el testo árabe, interesó tanto mas vivamente al público, cuanto que no se habia escrito para él. El público es como el eco; le place especialmente repetir lo que no se le dice, y sorprender los secretos. De esta manera fué como Mad. de Lamartine llegó á ser escritora una vez en su vida sin saberlo y sin quererlo; pero se dió prisa á volver á entrar en la oscuridad y en el silencio de su vida, como una muger que inadvertidamente cogió el arma de su marido, y que la halló, no demasiada pesada, sino demasiado viril para su mano.

II.

Sin embargo, absteniéndose de escribir Mad. de Lamartine, no habia renunciado á sus

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

estudios de literatura oriental. Seducida por la magestad y por la poesía del *Schah-Nameh*, vasto poema histórico persa, que es la Iliada de Persia, había recogido para sí los principales rasgos de la historia de *Rustam*, el héroe primitivo, el *Hércules* y el *Aguiles* persa. Reduciéndola, había reproducido su historia, historia que se tiene por una de las más épicas y más dramáticas del viejo Oriente, que es el Oriente mismo todo entero y enteramente vivo, y que forma parte de estas vidas de los grandes hombres que han impuesto sus nombres a las diferentes fases de la civilización en las épocas ya remotas ó modernas del mundo. Esta se pierde en la noche de los tiempos y en las maravillas de la fábula. Nuestro trabajo sobre el héroe persiano se hallaba hecho del todo cerca de nosotros, y encontrábamos un auxilio en nuestro propio hogar. No hemos querido tocar á la narración de Mad. de Lamartine, porque de hacerlo, le quitábamos ese sello de candor, de originalidad y de sencillez que ostenta siempre un estilo de muger. Ese sello forma parte de sus obras como de sus almas; cuanto más se las respeta, más se las sirve. Las mugeres escriben tanto mejor cuanto que piensan menos en escribir bien, lo natural constituye su genio, el arte es el nuestro. ¿Quién de nosotros no querría cambiar con ellas su tarea contra su instinto?

Esperamos que no se quejarán nuestros lectores de este substituto de un día, que el afecto nos ha proporcionado por una vez en nuestra obra; y al notar que han cambiado de mano, conocerán que no han cambiado de espíritu.

RUSTAM.

POR MADAMA DE LAMARTINE.

PRIMERA PARTE.

I.

El origen de los pueblos, de las naciones y de los gobiernos, está necesariamente cubierto de fábulas.

La guerra destruye ó desnaturaliza los monumentos de las civilizaciones anteriores. La conquista destruye las nacionalidades, y se pulta en el olvido, al menos por cierto tiempo, los anales de los vencidos. La falta de docu-

mentos escritos en los primeros siglos, reduce toda noción de la historia primitiva á las tradiciones orales transmitidas de generación en generación, más ó menos alteradas atravesando las edades, atestadas de supersticiones populares, y de creencias en la intervención milagrosa de la Divinidad, con que en su orgullo gusta coronarse cada nación para formarse una aureola.

Estas tradiciones están especialmente llenas de lo maravilloso simbólico, cuya significación se pierde poco á poco, para no dejar subsistente más que la fábula, pero cuyo verdadero sentido deben esforzarse á descifrar los siglos más avanzados.

Al través de esas fábulas y credulidades de los tiempos primitivos, encuentra la historia piquetes ó jalones que atestiguan una serie de hechos verdaderos, y señalan á los sábios y á los héroes que, por la legislación ó por la conquista, han influido sobre la marcha del género humano.

La poesía es casi siempre quien trasmite estas tradiciones. Apodérase de ellas, las graba en la memoria por su forma rítmica, embellece y da color á los hechos y á los sentimientos, y los imprime, por medio de imágenes brillantes ó terribles, en la imaginación de los pueblos.

Se ha dicho que el amor de lo maravilloso era indicio de la debilidad del espíritu, y el resultado de la ignorancia... ¿No sería, por lo menos, el signo de un instinto de grandeza natural y de alta moralidad? porque lo maravilloso embellece y exagera hasta lo imposible los altos hechos y las grandes virtudes, para excitar y exaltar la admiración; así como escita la execración del vicio, de la crueldad y del abuso del poder por el terror. El amor á semejantes narraciones, ¿no es el amor á lo bello?

Nada es más interesante que remontar el curso del tiempo con la ayuda de las nuevas luces que los descubrimientos de los monumentos de la antigüedad, tales como Ninive, Persépolis, etc., arrojan sobre la historia, guiados además por las recientes traducciones de los documentos más antiguos encontrados en la India y en Persia, que la Sociedad oriental de Londres, y sobre todo el admirable *Libro de los Reyes* de Mr. Mühl, nos han dado á conocer. En estos fragmentos encontramos detalles de los usos primitivos de la humanidad, los orígenes de varias costumbres perpetuadas hasta nuestros días, ó de costumbres perdidas, cuya desaparición se siente, como frecuentemente se echan de menos las voces sin uso de una lengua perfeccionada.

Encuéntrense en ellos las mismas pasiones humanas que en nuestros días, pero en proporciones gigantescas, poderosas para el bien y para el mal, y obrando en medio de una naturaleza que participa de estas fuerzas primitivas. Son bosques gigantescos, impenetrables, habitados por monstruos, leones, tigres, ele-

fantas y gigantes. El mismo cuadro de la vida tiene más extensión: los cronistas dan á veces dos y trescientos años de existencia á su héroe, como si el espacio y el tiempo hubiesen faltado á sus hazañas en los límites de una vida ordinaria. Sus alegrías y sus pesares son inmensos; pero vienen de las fuentes naturales del alma, y no de los manantiales facticios de las convenciones modernas. Además, esta longevidad de los antiguos persas cuya historia vamos á dar, no tiene nada que deba infirmar la veracidad de la narración. Los patriarcas de la Biblia, que les son contemporáneos, vivían, según el cómputo admitido, quinientos y hasta novecientos años: sea que las fuerzas de la naturaleza, tan cerca de la creación, resistiesen mucho más tiempo al trabajo de la destrucción, ó que el cómputo de semanas, meses y años, fuese erróneo ó por lo menos discutible.

Poco nos importa; lo que buscamos en las tradiciones primitivas, no es una concordancia cronológica entre el Egipto, la Caldea, la Persia y la Grecia desde Nemrod hasta Darío, sino un cuadro de las creencias, de los usos, de las costumbres, de los caracteres, de los vicios y de las virtudes; lo que nos importa es Dios y la inmortalidad que en cada página encontramos proclamada con tanta convicción en estas tradiciones profanas como en los libros sagrados.

Pero si es interesante seguir la marcha general de la civilización por la historia, lo es mucho más resumir y personificar una época en la vida de uno de estos grandes hombres. La de *Rustam*, que es popular en toda el Asia, desde el golfo de Smirna hasta los estrechos de la China, resume perfectamente la civilización de su tiempo.

Para llegar á la historia de *Rustam*, es menester darse cuenta del estado del mundo conocido en la época en que vivía este héroe.

El público nos dispensará si nos vemos obligados á pronunciar aquí algunos nombres bárbaros de los primeros *schahs*, ó reyes de la Persia antigua, necesarios para la inteligencia de la narración.

Las hazañas de *Rustam* están ligadas á los disturbios mutuos de estos reyes.

II.

Las tradiciones persas transmiten la creencia que después del diluvio, las tribus de Sem, hijo de Noé, tomaron posesión de la Siria, de la Arabia, de la Persia y de la Grecia. (De este tronco desciende Heber, abuelo de Abraham, de donde desciende Mahoma, de la raza de Ismael.)

Parsis, descendiente de Sem, dió su nombre á la Persia.

La Persia está considerada como la cuna de la primera monarquía universal por la elección de *Kajumarot* (1), que fué electo *schah* ó rey por los gefes de las diversas poblaciones del Asia, año 1750 del mundo.

Veamos lo que la tradición nos ha transmitido sobre el gobierno y la religión de esta monarquía. La adoración del dios único y supremo formaba la base de su culto, y muchas de sus tradiciones recuerdan las de la Biblia.

En las teogonías persas primitivas, se halló la tradición del ángel rebelde. Dios, dice la crónica, envió su ángel exterminador *Hariss* para arrojar de la tierra á los enemigos del hombre; pero después de haber triunfado de un gran número de estos malos genios, el orgullo se apoderó de *Hariss*, se creyó igual á Dios, y se sublevó contra la voluntad suprema.

Dios le arrojó de su presencia, y mudó su nombre en el de *Schetan*, que para nosotros es *Satan* (Satanás) (2).

Los persas creían en la existencia de los *divos* ó malos espíritus, y en su intervención en los negocios humanos. Estos seres sobrenaturales, que se les supone *predamitas*, habían sido arrojados de la tierra en la época de la creación del hombre.

El pueblo tenía un temor supersticioso á los *divos* ó gigantes, en quienes creía el poder de animar los cuerpos de los animales, de las aves y aun de los reptiles. Los *divos*, que habían escapado del estermínio se retiraron, añade la crónica, al monte *Kaf*, de donde bajaban para mezclarse en las cosas del mundo, y lo más frecuente para ejecutar venganzas; pero algunas veces también para asistir á los mortales, á quienes habían tomado bajo su protección.

Las principales ceremonias de la religión primitiva de los persas, consistían en abluciones antes de la oración, emblema de la purificación del alma para alcanzar las gracias de Dios, y en prostraciones del rostro contra la tierra en señal de humildad; á estas se añadían el polvo rociado sobre la cabeza en las calamidades públicas ó privadas.

La monarquía persa subsistió desde el reinado de *Kajumarot* hasta el del último *Kosroe*, vencido por los osmanlis. Cada uno de estos reinados desde *Kajumarot* se distingue por descubrimientos, invenciones y mejoras. En uno se verifica el descubrimiento de las minas y el arte del herrero, el empleo del hierro para las

(1) El original francés dice *Kioumours*, pero nos hemos tomado la libertad de substituir dicha palabra con *Kajumarot*, con la cual es conocido generalmente el primer rey de Persia, y aun pudiéramos decir con algunos dicionaristas é historiadores *Katumarath*; pero no *Kioumours*. (N. del trad.)

(2) *Schetan* ó *Schelan* es voz que se halla en las lenguas semíticas con la significación de enemigo, contrario en la guerra, adversario. (N. del trad.)